

otras muchas cosas, se exagera. Los que más escandalizan en Veracruz son los mexicanos. A fuer de pasajeros y desconocidos, permítense éstos toda clase de libertinajes. Sucede allí lo mismo que en París, donde los extranjeros son los que dan principalmente la función (¡Vaya otro galicismo y de buen calibre!). Sería tal vez porque los veracruzanos no quisieron competir en desvergüenza con nosotros; pero el hecho es que durante mi permanencia en el puerto no observé más desórdenes y orgías, que los desórdenes y orgías de mis paisanos; ni ví más princesas rusas, que las ya conocidas en la capital, y en la calle de Lamparillos, de la Habana.

Cierta noche tomé una carretela para pasear por lo que llaman «Extramuros.» No supe lo que cuesta aquel vehículo, porque lo pagó mi buen amigo el joven y distinguido poeta Luchichí. Largo rato estuvimos conversando de versos y proyectos literarios, hasta llegar á una especie de infecto portalón, frontero á la laguna de los Cocos. A los acordes de una mala murga, danzaban en promiscua algarabía, negros, mulatas, marineros, cargadores, princesas de petate, y tres ó cuatro gomositos mexicanos. Una tranvía llega hasta aquellos sitios y hace viajes hasta las altas horas de la noche. El cuadro no puede ser más repugnante. Huele mal, se toma en la cantina una cerveza detestable, y los danzones atarantan y marean. Lo que me extraña es que no haya nunca en esos bailes, en los del «Recreo» y en otros menos groseros algún muerto ó herido. La policía no interviene; todos beben; suele haber pleitos en que se oyen lindezas y piropos como no se oyen en ninguna parte; veces hay en que se arrojan los cacharros á la cara; mas, desahogada así la ira de un modo verdaderamente inofensivo, todos quedan tan amigos como antes y se van de bracero á la cantina. Por menos palabrotas se acuchillan y se desuellan nuestros *léperos*.

Satisfecha mi curiosidad y vistas de cerca las costumbres populares, salimos del infecto portalón, en el que apenas permanecemos un momento. Las noches en Veracruz son deliciosas. Refresca la atmósfera y puede pasearse sin temor á una apoplejía fulminante. Por supuesto, no hay carruajes cerrados ni es posible que los haya. La carretela es el solo vehículo aceptable. Luchichí, que es un joven muy simpático, me iba recitando versos de Salvador Díaz Mirón: tal se rocía un pañuelo con esencia para pasar los muladares y pantanos. Salvador es el poeta por excelencia de Veracruz; más aún, es uno de los poetas más inspirados de la República. Con ansia espero algunos de sus versos, para hablar de él con la extensión y detenimiento que merece.

De regreso, pasamos frente á algunas iglesias. ¿Hay iglesias en Veracruz? Yo había visto la catedral por fuera; pero imaginaba que era á modo de la soberbia biblioteca que tiene cierto pedante amigo: una serie de cartones figurando lomos de volúmenes empastados: nada más. No he visto sotanas negras en las calles, ni oído llamar á misa. Los templos están en Veracruz para cubrir el expediente. La Catedral legítima es la Aduana.

Sigue, cochero; pasa la Alameda: ya es tiempo de tenderse y descansar. Llego á casa, abro el balcón, y me preparo á dormir con el tranquilo sueño de los justos. A cada quince minutos dan la hora los serenos, no con gritos ni con pitazos, sino á palos. Doce garrotazos indican las doce de la noche. Esta manera de dar la hora, tiene mucho parecido con las palizas.

Fatigado, me recuesto en el catre, sin colchón. Una sábana basta para cubrirse, y aun presumo que sobra. Lo interesante es el mosquitero. Una vez adentro de esa torre cuadrada de cortinas blancas, cree uno estar en el sepulcro de Doña Inés, ó en medio de una pieza montada de azúcar candi. Ustedes sabrán que yo duermo con puro; por lo tanto, pensé que no saldría de Veracruz sin causar un incendio. Lo único que me consolaba era la proximidad del mar. ¡El mar! ¡El mar! ¡Ya hablaremos de él mañana! Ahora los ojos se me cierran; baja el sueño, y comienzan á cruzar por mi fantasía los zopilotes y los hombres en camisa, que forman el claro obscuro de Veracruz.

III

PASEOS EN BOTE.

Es necesario tener una imaginación muy mezquina para no figurarse el mar tal como es. Puede perfectamente compararse á una de esas personas á quienes saludamos sin saber su nombre, seguros de haberlas visto en otra parte. El mar es un antiguo conocido. Le hemos visto en los lienzos de la Academia, en las decoraciones del teatro, en los grabados de los periódicos europeos, en todas partes. Es una inmensidad de vasos de agua.

Lo único que sorprende es su color. Los que no lo conocen piensan que es azul como lo que llamamos cielo. Y, en efecto, la franja que recorta el horizonte es de un azul muy tenue y apacible: diríase que es un cielo desteñido. Pero el agua más próxima á nosotros,

la que impele el bote en que vamos, ó se quiebra á nuestros pies, no tiene la transparencia ni el color que le atribuimos. Es aceitosa y de un verde obscuro como el vidrio malo. En esas ondas no puede haber más sirenas que las voraces tintoreras. Hablando con exacta propiedad, el mar no tiene color propio. Cambia y muda como el corazón de una coqueta. Según la hora, varía su aspecto. Ya se azulea, se tornasola ó se ennegrece; ya se ruboriza como la mejilla recién besada de una virgen; ya corre en anchas cintas plateadas ó se dora como si el sol tendiera sobre el agua las rubias hebras de su cabellera. Por de contado, el mar no es uno en todas partes. El Atlántico no es igual al Pacífico, ni el Pacífico al Mediterráneo. En alta mar el agua se ve distinta que en el Golfo. Las ondas de éste son muy turbias y espesas, exceptuando los sitios en que la corriente equinoccial introduce las aguas límpidas del mar Caribe. Además, contemplando desde el muelle, el mar se ve canalla y traficante. Hay que mirarlo á solas, frente á frente, sin barcas noruegas que lo afeen, ni mozos de cordel cuyas imprecaciones destempladas atajen el sereno vuelo del espíritu. Ya no es entonces el esclavo nubio que trae y lleva mercancías, sino el titán cuyos gigantes brazos rodean el cuerpo de la tierra. Allí está Dios.

Casi todos, no experimentan al mirar el Golfo la sensación intensa que aguardaban. Parece, al pronto, que se está frente á una decoración de teatro. Pero internaos en ligero bote por la móvil llanura; que se pierda de vista el pobre muelle con sus linternas verdes ó encarnadas; que escuchéis el arrullo de las olas en la solemne inmensidad, y, entonces sentiréis, asombrados y suspensos, un repentino crecimiento de alma.

Sin cepillar mis ropas de camino, en horas avanzadas de la noche, salté á la barca de un humilde marinero. Iba á salir la luna, pero reinaba aún la obscuridad. En lontananza se veían fijas y tristes, las lucecillas de unos cuantos buques. ¡Qué negro y qué tranquilo estaba el mar! Era algo como el cuerpo de la sombra, tendido boca abajo sobre el suelo. «¡Aguarda!—me decían los compañeros—descansemos, y luego que amanezca iremos á espaciarnos en el mar.» Pero la onda tranquila me llamaba, como llama la novia al tardo amante que vacila en subir por la escala de seda. Ansia infinita de hender el agua y poseerla con los ojos, espoleaba mi espíritu. Sin detenerme bajé la escalinata y entré al bote. Poco á poco la tierra, con sus casas y sus ventanas débilmente iluminadas, se fué esfumando en lontananza. Pasamos junto á los grandes barcos, cuyos cuerpos enormes adquieren á tal hora un aspecto fantástico

y extraño. Diríase que un ejército de endriagos y de monstruos fabulosos espiaba el momento favorable para lanzarse sobre la ciudad. Breve rato después, solo veíamos á lo lejos el faro giratorio de Ulúa, con sus luces de múltiples cambiantes.

Los remeros bogaban poco á poco, por temor á las boyas y á los bajos. La mar estaba quieta. ¡Con qué ahinco me hubiera hundido en sus serenas ondas para sentir más cerca sus abrazos! El hombre, descontento de su suerte, quisiera ser águila en la cumbre de los montes, y ágil pez en los mares. Los dos abismos le atraen con invencible fuerza: son como dos amigos que le llaman. Arriba están la luz y el armonioso coro de los astros: abajo, la fantasía finge y desea mucha frescura, mucho silencio y mucha sombra.

¡Sueño vano! La mar es un incesante laboratorio en que la vida se prepara y se renueva. El gran trabajo no se pára nunca, y el combate terrible por la vida se empeña hasta en los abismos del océano. Monstruos deformes habitan los palacios submarinos, que las amables fábulas de Grecia poblaban de sirenas y de dioses. El voraz tiburón sale á flor de agua, husmeando la carne fresca del atrevido nadador. Y pocas playas son tan funestas y peligrosas como las playas de Veracruz. El tiburón acecha, siempre alerta, y devora al incauto que menosprecia su poder. Es el huracán rondador, nunca saciado; el tigre de las aguas frías y verdes.

Interin deslizábase la barca, la luna, como un disco de plata bruñido, se fué alzando de las aguas.

La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
De entre las ondas del mar.

Nada más grandioso que este espectáculo. Yo creo que contemplándolo en las risueñas playas del Mediterráneo, fingió la fantasía helénica la fábula de Venus Afrodita surgiendo majestuosamente de la espuma. La concha negra de la noche se entreabre, y aparece la reina del espacio castamente desnuda, como Diana. El ritmo de las olas es más suave; una inmensa quietud penetrá hasta los húmedos abismos; corren los monstruos á ocultarse de la luz, y la brisa que sopla es como el aliento de una mujer invisible pasando sobre el cuerpo del amante dormido. Las olas dejan de ser negras; se quitan su vestido de luto, y ciñen la coraza de plata que ceñían las amazonas. Y parece que corren ó galopan para acercarse á la luna y asir la fimbria de su túnica brillante. Pero la luna, esquivada, va

ascendiendo. Parece que el cielo es un océano que confina con el otro: surge de éste la luna, y luego boga por la tersa superficie del más alto. Ya no es plateada sino de oro. Las aguas se contentan con retratarla; y ella, pródiga de luz, enriquece las olas con sus rayos. El mar parece un gigantesco estanque en el que bullen todos los metales en fusión. Se cree que el agua está á la temperatura de la plata fundida, y la mano no se atreve á tocarla. Pero no; el mar es en aquellos instantes un hervidero congelado.

¡Qué rumor tan solemne el de las ondas! Aun cuando esté dormido y sosegado, el mar revela su fuerza: es Hércules hilando con el huso á las plantas de Onfalia. Los navíos se dibujan en el lienzo opalino del fondo, sobre el tinte metálico del mar; la luz aisla los cordajes y los mástiles, como una áurea tijera recortando papel negro; y á lo lejos la superficie azul sin límite visible, cierra el cuadro con una línea incomparable.

Bajo la luz serena de la luna
Como el oro en fusión, el mar riela,
Resplandor que la luz del claro día
Con la molicie de la noche mezcla,
La vasta playa misterioso alumbra
Y en el azul del cielo sin estrellas
Vagan las blancas nubes como estatuas
De diosas colosales y siniestras,
Talladas por la mano del acaso
En las entrañas de brillante piedra.

* * *

Yo he visto el mar cuando la luna brota, y cuando el sol, como un guerrero fatigado, va en busca de frescura y de silencio. Pero la puesta del sol no debe contemplarse en Veracruz. Allí hasta el sol es calavera y va á pasar la noche en la ciudad. Describiendo una curva soberana, cae tras los edificios apiñados, como un globo enorme de goma roja, cuyo gas se va escapando lentamente.

A esa hora el agua adquiere tintes muy apacibles y risueños. Se diría que debajo de las ondas hay una inmensa gestación de rosas. Pero á esa hora también tiene el océano un rival poderoso, que es el cielo. Los que habéis visto nada más el firmamento urbano de las calles, no podéis figuraros cómo impone y asombra en plena mar. Las casas y los árboles le estorban: como las mujeres hermosas, necesita un espejo en que mirarse cuando se adorna con luceros y con nubes. Está en su tocador. Aquellos nimbus son los encages blancos que han de bajar hasta la enorme cauda desde el anillo escultural de la cintura. Esas nubes forman la enagua de seda color de rosa: ese pedazo azul es su corpiño de terciopelo. Una mano in-

visible entreabre los cofres de ébano incrustados de marfil, y aparecen, sobre cojines de raso pálido, los collares de estrellas que van á titilar en torno de su cuello. Ya el sol se oculta, envuelto en su lujosa clámide escarlata. Es el sultán que se despide del harém. Libre y soberbia la noche, se prepara á los festines.

El mar es el espejo que le sirve para ataviarse: espejo negro, porque también retrata sus pupilas.

En la mañana y en las primeras horas de la tarde, ni el mar ni el cielo tienen ese carácter majestuoso. En cambio, su extensión parece más ilimitada todavía. Sobre el azul del cielo se perfilan los navíos, como dibujados con tinta de China. Las oleadas, al romperse en los bajos, forman un blanco giste, y—vistas á distancia—borreguean, brincando como un rebaño juguetón.

Tranquila está la mar: un pececillo
Agítase en las ondas:
Calienta el sol su cabecita de oro
Y alegre el agua bate con su cola.
Entretanto, anhelante la gaviota
Rápida sobre el pez cae desde el viento,
Y en el pico la presa palpitante,
Alegre se remonta hasta los cielos!

Nada más donairoso ni gallardo que las velas latinas. Observad con qué altivez cruzan continuamente la bahía. Son aves que no tienen más que una ala, y carecen de cuerpo. Las grandes embarcaciones modernas tienen la hermosura de las reinas; las velas latinas poseen la gracia de los efebos.

* * *

¡Cuán absorto y ensimismado pasaría las horas en la muda contemplación del océano! El mar enseña y alecciona, dilata los horizontes del espíritu, y da alas poderosas á la inspiración. Los poetas menores cantan la tierra con sus bosques y montañas; los grandes poetas son los enamorados de la mar. Sin ella, Víctor Hugo habría sido incompleto. Viendo cómo azotaba los peñascos, escribió los «Castigos.» Cada estrofa de ese pequeño libro, es una ola, El conjunto es como una tempestad.

En sus primeras obras, Víctor Hugo travesea como un duende juguetón, ora en los camarines orientales, ora en los jardines de Versalles ó en las cornisas de las catedrales góticas. Vuela como las goiendras y canta como los ruisefiores. Es el paje tocando la guzla morisca, en las rodillas de una reina enamorada. Pero que el viento

de la adversidad le arroje á las abruptas rocas de la playa: entonces volará como las águilas y cantará como los huracanes. Solo sobre un peñasco formidable, batido constantemente por las olas, pudo escribirse la «Leyenda de los Siglos.» Leed los «Trabajadores de la Mar:» es á manera de esas cuevas muy profundas en donde interna el océano tumultuoso sus recias oleadas de agua verde. Desde entonces el genio del poeta tendrá sus tempestades y sus calmas, sus «Castigos» y sus «Contemplaciones.» Pero de la obra toda oiréis brotar el murmullo grandioso de los mares. Ya no es el lago quieto en que nadan los cisnes de alas blancas. Las guirnaldas de flores que entreteje están hechas con flores submarinas. Los bancos en que descansa son bancos de perlas; y los bosques por donde pasea son bosques de coral. Su poesía traga y devora como los abismos. Las flechas de su aljaba juvenil se truecan en tridentes y en arpónes. ¡Imposible engañarse un solo instante! Ese poeta vuelve de la mar, como Dante volvía de los infiernos.

¡Ah! No es posible concebir cuadro más vasto, ni espectáculo alguno más grandioso. Mil veces, con sed inapagable de infinito, trepé á la cumbre arisca de los montes;

Mas nada ¡oh sacro mar! ¡nada asíé tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno!

He sentido cómo encorvas tu gigantesco dorso bajo la quilla de mi bote, tal como potro dócil y sumiso que se inclina para que lo monte su señor. Te he visto palpar como el pecho de una virgen cuando aguarda en la alcoba al joven desposado. Y ansia infinita de mirarte embravecido acongoja mi alma. Quiero sentir cómo te revuelves en tu lecho, y verte en los instantes de tu cólera. Dido llorando en una peña es melancólica; Medea, iracunda, es tan hermosa como tú. Deja, pues, tu pesada somnolencia. Te azoto con mi remo, como clava el jinete sus espuelas en el vientre de su caballo corredor. Levántate furioso á contestarme, para que sienta en los desnudos brazos y en la cara, los verdes espumarajos de tu rabia. Embraza, al fin, tu escudo coruscante, y vibra con tus manos de Titán la clava de los Hércules marinos. Estamos solos. Una mujer que no te conocía viene á mi lado trémula de espanto. Te ve dormido y tiembla pusilánime. Va á reirse de tí cuando volvamos. Alzate, pues, y muestra tu fiereza: alza, para que pueda defenderla. ¡Alza, Goliath borracho: estamos solos!

Pero el mar es la mar en este instante. Hay algo femenino en su dulzura. Sabe que bastaría una simple ola para arrojarnos al abismo negro, y desprecia riendo mis insultos.—Amad—nos dice—esta es la hora sagrada en que los ángeles se cubren «los ojos con las manos.» Barca ninguna cruza la bahía. Las estrellas se están burlando

de vosotros. ¿No véis cómo la playa se ha perdido? Pues amad recostados en mi espalda, hasta que llegue el alba delatora. La noche se abre como un negro túnel, propicio al impaciente enamorado. Esa franja de plata que ciñe el Oriente, como si fuera una diadema, indica que la luna va á salir. Amad, no soy el ogro que devora. Mis olas arrullarán vuestro sueño, Os llevo en brazos, como la nodriza que calienta á dos niños en su seno.—

Y la luna brotó, ya no robusta y majestuosa como la vimos la primera noche, sino en forma de un arco pequeñito.—Boga—dijimos, y el ligero bote se deslizó sobre las ondas argentadas, ceñido por el encage de la espuma. Súbita calma apaciguó mis sentimientos. Como Heine, quise arrojar al seno de las aguas los espectros que me persiguen y atormentan, aligerar mi espíritu del lastre de dolores con que va navegando por la tierra.

Queda bajo las aguas,
Queda por siempre allí, sueño implacable
Que mi pecho otras noches
Con tus fugidas dichas flagelaste.

Queda en el fondo obscuro de la mar, tú, sombra tetra que vienes á sentarte pensativa junto á la cabecera de mi lecho. Baja al abismo, amigo desleal que arteramente me enterraste la daga por la espalda. Húndete en esas ondas misteriosas, pobre niña que lloras por mi causa y aun esperas de codos en el puente al novio que jamás ha de volver porque no es digno de que tú le ames. ¡Una bala de hierro! ¡Duras cuerdas para amarrar este cadáver insepulto y arrojarlo después al océano! Es el de una mujer joven y hermosa. ¡Pronto! Que baje rauda al negro abismo. Todavía flota su cabello, ¡Pronto! ¡pronto! Que baje, mar, á tus oscuras cuevas y que no salga nunca de tu seno.

* * *

La luna, como una góndola de oro, seguía surcando el firmamento. Aligerado ya de mis remordimientos y dolores, me recosté en el fondo de la barca. Entonces creí ver, rumbo al Oriente, una luz como de alba celestial. Por allí aparecía una larga procesión de efebos tiernos, con palmas murmurantes en las manos y túnicas de lino immaculado. Iban andando poco á poco sobre el agua, como sobre una lámina de acero. Bajaban del cielo por un pórtico de luz, y como el cielo se junta con el mar; no había necesidad de puente alguno para que descendieran al océano. Un hombre de barba nazarena presidía la nevada procesión. E iba tranquilamente sobre el agua,

como Jesús en el lago de Tiberiades. Y todos los efebos eran rubios y traían destrenzado su cabello, largo y sedoso como el de las mujeres circasianas.

A su aspecto, los monstruos de la mar y los endriagos del ensueño se disipan. Ya nada mueve el seno de las ondas, ni agita mi conciencia: todo calla. Mi compañera se ha dormido en mis rodillas. Boga, remero, boga todavía.

IV

VIAJE AL REDEDOR DE LAS VERACRUZANAS.

Ayer hablamos del mar. Hablemos hoy de la mujer. «Pérfida como las ondas»—decía Shakespeare. Hermosa como ellas, digo yo.

Desventuradamente carezco de los datos necesarios. Mi condición de viajero, la premura del tiempo y la continua fiesta en que vivimos durante nuestra permanencia en Veracruz, me impidieron formar un juicio exacto acerca de las hermosísimas costañas. Ignoro muchos nombres y se confunden en mi memoria las fisonomías. Todavía el wals no acaba, y entreveo como apariciones fugitivas, mujeres de belleza singular ricamente prendidas y ataviadas. ¿Quiénes son? Para mí, forman un grupo tan hermoso, tan desconocido y tan compacto, como ese grupo de soles al que llaman los astrónomos Vía Láctea. Juzgo imposible individualizar tales bellezas, resignome á forzada discreción, y de nuevo, mirando el bello cuadro, copiado en el cristal de mi memoria, admiro á las hermosas de la costa, como admiraban los pastores de Caldea á los astros, sin conocer sus paralajes ni sus nombres.

Inútil fué que recurriera, en busca de pormenores minuciosos, á los discretos periódicos de Veracruz. Ninguno trata circunstanciadamente de las fiestas, ni nombra á las señoritas que asistieron. ¿No habrá flores en el puerto? Michelet dice que «en los terrenos próximos al mar las plantas son raquíticas, entecas y enfermizas. Revelan en su aspecto la vecindad del gran tirano y la opresión de su aliento. Si no las detuviesen las raíces, correrían. Encórvanse afligidas hacia el suelo, vuelven la espalda al enemigo; se diría que están prontas á huir desmelenadas y en derrota.» Sin duda esto acontece en Veracruz. Por dicha nuestra, estamos á una altura respetable, y quedan todavía cerca de México jardines tan amenos y rientes como los de San Angel y Mixcoac. Apercebídmeme, pues, un breve cesto, tejido con los mimbres más sutiles, y llenadlo de flores olorosas. Que apoye el heliotropo sus moradas volutas en los nevados pétalos del nardo; que el «no me olvides» acurruque su cuerpo

azul en el seno purpúreo de una rosa, como Eros jugueteón se acurrucaba en el regazo de Afrodita; que la azalia, coqueta y presumida, luzca su aristocrática hermosura: las flores, como ayer fuimos nosotros, van mañana temprano á Veracruz.

Muchos poetas, en bellísimas estrofas, han celebrado la hermosura de las veracruzanas. Sin embargo, para que prevalezca en este artículo la fría verdad, no siempre cortesana, debo decir que las mujeres de Jalapa disfrutaban de una fama todavía mayor. Yo, por desgracia, no puedo establecer comparaciones. Tenía ya la maleta preparada para ir á Jalapa con Cerdán, que es un amigo tan galante como espléndido; pero el hombre propone y Dios dispone. Un motín sin valor ni trascendencia, más parecido á riña de mercado que á movimiento popular, hizo que inopinadamente regresara pronto á morir, no por la libertad de Grecia, como Byron, sino por las monedas de á centavo. No hay mal que por bien no venga, dice el adagio: tal vez yo, que salí sano y salvo de las cumbres vertiginosas de Maltrata, y de los senos ávidos del mar, habría caído en ese abismo que llaman las mujeres corazón, ó en el océano de unos ojos negros. Para tales naufragios, no hay botes salvavidas: el más feliz, á fuerza de nadar llega á la isla inhospitalaria del olvido.

Ya admiraré á las bellas jalapeñas, cuando Dios, Agustín Cerdán y mi suerte menguada lo permitan. Por ahora, no hay más diosa que la mujer veracruzana, y Mercedes Ascorve es su profeta.

Haré, no obstante, algunas salvedades. En Veracruz no abunda la frescura del color, ni la morvidez de los contornos. Podría decirse á las veracruzanas lo que decía cierto poeta malo á un tal Belaunzarán, de antigua fama:

«¡Belaunzarán, Belaunzarán,
Se te sale la casa
Por el zaguán!»

A las mujeres veracruzanas se les sale la cara y casi todo el cuerpo por los ojos. En esas pupilas se nada, y se nada sin llegar nunca al párpado. Echad la sonda, no hallaréis el fondo. ¡Cuántos y cuántos pobrecitos habrán caído en ese abismo negro! Y el que cae una vez, no sale nunca. Si sois prudentes, no os asoméis jamás á tales ojos: el abismo atrae, la cabeza se pierde, y—de improviso—se precipita el hombre desde lo alto, como Safo desde la roca de Lécades. Precavido, siempre que estuve en Veracruz con una dama,

supliqué á mis amigos de confianza que me detuvieran por los falones de mi frac.

Hay ojos negros que no dicen nada. Cuando mucho, preguntan si hace frío. A estos inofensivos sordomudos, puede acercarse el más medroso y pusilánime. No importa que sean grandes: en todo caso, servirán para que el novio ó el marido se haga la barba sin necesidad de espejo. Yo conozco unos ojos muy hermosos, que no saben leer ni escribir. Al pronto, engañan: pudiera compararlos á ciertos personajes muy grandotes que suele uno encontrar en la calle de Plateros. Involuntariamente se les cede la acera diciendo interiormente: «ese caballero debe de ser gobernador de algún Estado, ó Ministro de México en Berlín, ó jefe de una zona militar.» Y resulta que el ampuloso personaje no pertenece á la política, ni al ejército, ni tiene un cuarto. Así, ni más ni menos, son los ojos de que hablo. La ventana es muy grande y muy bonita; la pieza está profundamente obscura; ¿qué habrá adentro? Algún sabio que medita, un cadáver sin cirios ni blandones, ó una mujer hermosa recostada y dormida en el diván. Encienda usted un fósforo. No hay nadie.

Muy otras son las húmedas pupilas que he admirado en Veracruz. Como la mar, jamás están calladas ni tranquilas. Se preguntan y se responden, hablan solas, piden la lumbre y bailan el can-can. Son pupilas políglotas: franceses, yankees y alemanes las comprenden. Bien es verdad que en este bajo mundo solo hay tres idiomas universales: el de los ojos, el de el dinero y el de los palos. Por una precaución de la Providencia, en Veracruz no hay muchos ojos claros. En las pupilas azules se ve el fondo: en las negras, no. Guardan avaras los cadáveres de almas, pequeñitos como esos insectos cuyas grandas ciudades ó repúblicas perecen bajo una gota de rocío. ¡Qué descastados y perversos son! La mirada sale rápida de su obscuro seno, como una flecha despedida por un arco de ébano. Los hay también como el color del Golfo, ojos oceánicos, ojos de sirena, ojos que están siempre preguntando por dónde está la puerta del infierno. En esos ojos debe de haber tiburones microscópicos. Y todos, sin distinción de colores, gritan ¡fuego! piden el inmediato auxilio de las bombas: si no llegan á tiempo los socorros, se incendia hasta el depósito de pólvora.

Estas armas de fuego que las veracruzanas llevan sin expreso permiso del alcalde, no constituyen su único encanto. Dije algo más arriba, que no abundaban en el puerto ni las encarnaciones vigorosas ni los tonos frescos. Con efecto, para unos ojos habituados á admirar la hermosura robusta que han inmortalizado los pintores flamencos, la belleza de las veracruzanas es una disonancia. Ni sus formas son amplias, ni la leche y la rosa compiten en sus cutis: no puede darse nada más distinto de las mujeres que pintaba Rubens. Esta no es ciertamente la hermosura que ataviamos con los arcos

de una sultana y ponemos bajo la sombra de la higuera sobre un tapiz pérsico; es la belleza de la hamaca: huele á coco. Un inglés ó un alemán creería que las señoritas de Veracruz están siempre desveladas. Más que de mármol blanco ó alabastro, parecen figuras de terracota. Si fuera lícito compararlas con los libros diría, que están impresas en papel de lino. Hay más vida y hay más amor en esas epidermis de calentura. Yo creo que el agua se evapora al caer en ellas.

Tampoco tienen las veracruzanas líneas esculturales ni correctas. Su belleza está compuesta de una serie de anillos, como la belleza de las culebras; y de una serie de ondulaciones, como la belleza de las olas. Algunos creen con mucho fundamento, que son primas hermanas de las palmas. Buscad todo lo que ondula y todo lo que se cimbra; lo más elástico y lo más flexible; lo que se escurre entre los dedos como un pez, y lo que saita como el chupamirto; todo lo que hierve, y todo lo que culebrea; la forma curva de las sirenas y el caprichoso enroscamiento de las boas; reunid esas líneas de arabesco ó de friso de la Alhambra, esas agilidades de goma elástica, y esas graciosas esbelteces de bambú; juntadlo, y conoceréis los elementos con que formó la naturaleza á las costefías. Un amigo decía que su epidermis no es de carne ni de yesca. Yo digo que está tejida con relámpagos.